

esencial alguna, y el mariscal Hindenburg, el jefe del ejército en los últimos dos años de la guerra, que asumió la presidencia en mayo de 1925, a la muerte de Ebert, frustró las esperanzas. Ya anciano de 77 años, ajeno a la vida política por naturaleza y educación, se sintió ligado a la Constitución por su juramento, renunció a utilizar los poderes extraordinarios que ella le otorgaba para casos determinados y contribuyó a dar a la República con su nombre y su personalidad, que imponían respeto, una dignidad que no merecía.

Citar sus nombres sería demasiado honor para los hombres —se los solía cambiar cada cuantos meses— que tuvieron el valor de sentarse, en semejantes circunstancias, como cancilleres del Reich, en el sitio de Bismarck. Hay que ser indulgentes con ellos y con sus colaboradores porque no lograron mejorar la suerte de Alemania. Obrar y tratar con buen éxito en nombre de un Reich impotente, agitado por los sufrimientos posteriores a la revolución, destrozado por los partidos, era un cometido apenas factible. ¡Si lo hubiesen hecho por lo menos con habilidad y dignidad! Carecieron de ambas virtudes, y los resultados, que no se cansaron de calificarse por sí mismos, o fueron nulos o contrarios. Eso aconteció especialmente con el tratado de octubre de 1925, normalmente llamado Pacto de Locarno por el lugar de su concertación, que fué ensalzado por sus autores y por una opinión pública irreflexiva como un punto de rehabilitación. En él, Alemania se encontró junto a sus enemigos de poco antes, para garantizar de común acuerdo la invulnerabilidad de la frontera oriental de Francia y Bélgica. Esto no significaba otra cosa que la renuncia voluntaria y definitiva de sus territorios en el oeste (Alsacia-Lorena, Eupen-Malmedy), cuya cesión ha-

bía sido arrancada en Versalles; Alemania, en cambio... no obtenía nada.

Ni una sola de las condiciones, opresoras y deshonorosas, de la llamada paz, fué aliviada o eliminada; el Reich siguió desarmado; en el oeste no podía emplazarse ni un soldado ni un cañón hasta 50 kilómetros a la derecha del Rin y además quedaba ahora marcado a fuego, por una declaración propia otorgada voluntariamente, como la amenaza permanente a la paz europea.

En la misma forma demostró ser infructuoso el ingreso en la Liga de las Naciones, efectuado en forma humillante un año más tarde (en septiembre de 1926). Alemania se entregaba así de nuevo, sin alguna ventaja imaginable, bajo el control y las cadenas de una institución que aparentemente debía proteger la paz del mundo y que, en realidad, sin embargo, no era más que un instrumento de Francia para el dominio de Europa.

Pero Francia, sin tener en cuenta más de un hermoso discurso de eterna reconciliación y con el lema "Nunca más guerra", que ocasionalmente dejaban oír sus hombres de estado, marchaba sobre las huellas de Richelieu y de sus continuadores. Su política no conocía ningún principio más sagrado, que el que establecía que Alemania debe mantenerse en la impotencia si Francia ha de gozar de seguridad, *securité*, o mejor dicho: despreocupación. Para este fin, fiel en eso también a sus tradiciones, había procurado que existiera una constante amenaza a espaldas de Alemania: de sus pactos con la resurgida Polonia y los herederos del imperio habsburgués destruído, Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania, esperaba el servicio que antes había prestado Rusia, y con anterioridad Turquía. Hasta tanto la influencia francesa siguiera siendo poderosa en Europa, Alemania nada podía esperar.

Esto se demostró en la forma más evidente en el problema, que llegó a ser en seguida el más candente, de las indemnizaciones de guerra o, como se decía entonces, para disimular la cosa, de las reparaciones. La codicia de los vencedores había esperado de ellas, al principio, ventajas verdaderamente fantásticas: Alemania debía entregar 269 billones de marcos oro, luego por lo menos 180 billones. Finalmente, en 1921 fué obligada, con amenazas militares, a reconocer una deuda total de 132 billones. Pero no se hallaba la forma por la cual hubiera podido pagarse una suma tan terrible. Un primer proyecto, por el cual Alemania debía pagar desde 1928 en adelante, algo así como durante medio siglo 2 billones y medio anuales, demostró desde un principio ser irrealizable; un segundo, al que se sometió el gobierno alemán, después de largas negociaciones, en una reunión en La Haya por enero de 1930, contra la opinión de sus peritos, y que también el Reichstag sancionó —un intento de impedirlo por medio de un plebiscito fracasó—, recargaba al Reich con una deuda total de 116 billones y obligaciones de pago hasta el año 1988. Esta vez se creyó, por lo menos, haber conseguido un tangible servicio recíproco: Francia se avino a retirar de la Renania sus tropas, ya para el 30 de junio de 1930, cuatro años y medio antes de la fecha a que estaba obligada. La ganancia había sido pagada demasiado cara. Precisamente este pacto de La Haya, del que los partidos gobernantes estaban tan orgullosos —para su autor, el ministro de Relaciones Exteriores, Streseman, fallecido entretanto, se proyectó un gran monumento en Maguncia— demostró constituir la roca contra la cual debía estrellarse el predominio de la democracia.

En primer lugar, las obligaciones de pago asumidas, resultaron clara e inmediatamente imposibles de cumplir.

Una crisis económica de gravedad nunca vista, había invadido desde 1929 todo el mundo y había tocado también a Alemania. Finanzas y economía, que apenas habían comenzado a restaurarse de las consecuencias de la guerra, amenazaban con un completo derrumbe, cuando los acreedores extranjeros denunciaron los empréstitos con que los países alemanes, comunas y particulares habían regulado y mantenido en curso, hasta ese momento, sus negocios. El gobierno del Reich se vió obligado a obtener una moratoria y la prohibición de reembolso para todas las obligaciones externas, a poner bajo control el tráfico de divisas con el extranjero, a disminuir sueldos y pensiones y a ordenar la rebaja de precios y de salarios. El estado había abandonado el terreno legal; la democracia había renegado de su propio principio vital, la libertad; pero sus medidas apresuraron la catástrofe, en lugar de prevenirla: la economía cayó en la paralización, la desocupación aumentó, en 1932 se contaron ya 5 millones de personas sin trabajo y el final de este estado de cosas no aparecía por ninguna parte.

Hasta entonces la conducta del pueblo en conjunto —prescindiendo de algunos fenómenos deplorables, que nunca faltan en tiempos de conmoción— había despertado respeto y hasta admiración. A él se debió que el Reich se conservase y que el orden fuese salvado. La derrota de la rebelión comunista en enero de 1919, la nueva regulación de la moneda en el otoño de 1923, habían partido del pueblo, no de los gobernantes. El sentimiento patriótico de los renanos continuó siendo magnífico; contra él se estrellaron las artes de corrupción de Francia tanto como las torturas, que debían empujar a la región a separarse del Reich. Las intentonas, emprendidas en este sentido por algunos

traidores con la ayuda francesa, fueron sofocadas rápidamente y sin contemplaciones por la población.

La sentencia según la cual cada pueblo tiene el gobierno que merece, no fué confirmada por el pueblo alemán en esos años; era mucho mejor que sus gobiernos siempre renovados. No había perdido la fe en sí mismo y en su porvenir; trabajaba en plena miseria inalterablemente y mantenía su valor.

Pero la desesperación comenzó a hacer mella. A la dura pobreza de la vida cotidiana se agregaba la exasperada sensación de pertenecer a una nación despojada de sus derechos, envilecida. Se habían atribuído grandes esperanzas a la evacuación de la Renania; fueron frustradas. Todos los esfuerzos para levantar las cláusulas deshonorosas de la paz de Versalles, fracasaron por la terquedad francesa, que a cada intento de esta naturaleza respondía con la alusión a la santidad de los pactos. Hacía mucho que los comprensivos de todos los países habían reconocido como contraria a la verdad de los hechos, la confesión de ser la única culpable de la guerra que Alemania había sido obligada a firmar. Pero cuando se inició de parte alemana la protesta por la calumnia, contestó del otro lado un aullido de furor. Pues sobre la culpa de la guerra, impuesta a Alemania, descansaba en realidad el deber de la "reparación"; esta cláusula del tratado de paz tenía un alto valor monetario: no podía ser violada.

Acerca de lo establecido respecto al desarme perpetuo de Alemania, todas las palabras eran inútiles. Aunque otros estados podían inclinarse a un entendimiento, Francia permaneció inabordable. Es verdad que se habló mucho de reconciliación, se cambiaron visitas ministeriales, pero no dieron resultado alguno. Y si tal vez uno u otro político francés deseó un compromiso real, nin-

guno de ellos hubiera sido tan fuerte para contra la opinión pública de su país dar a Alemania aquello a que ella no podía renunciar. Toda la política del entendimiento se fundaba en un autoengaño. ¡Y por eso dos generaciones de alemanes se habían convertido en esclavos contribuyentes del extranjero!

La lucha por el Pacto de La Haya, había producido una acre exasperación de los conflictos de partido. Una severa advertencia del presidente del Reich, en la que invitaba a la unión, resonó en el vacío; creció la discordia popular. Ya no era posible una legislación normal; había que ayudarse con decretos de emergencia. Tan encarnizadas llegaron a ser las luchas, que el gobierno del Reich se vió impulsado a limitar la libertad de prensa. Mientras que los partidos burgueses se destrozaban, crecía el comunismo hasta constituir una fuerza amenazadora, atizada celosamente por la Internacional de Moscú, y en auge por la desocupación creciente. En 1930 el partido ganó 77 puestos en el parlamento; en 1932, 89; la derecha declinó entretanto de 103 diputados a 37.

Un diplomático italiano reseña en sus memorias las impresiones que recibió en Berlín en el verano de 1932. Se había estremecido por "el tono de sorda desesperación que alentaba en las voces de los hombres jóvenes. Su espíritu parecía roto. A pesar de estar hambrientos sin duda, anhelaban nostálgicamente una esperanza y una dirección, más tal vez que el pan". "Esto debe cambiar", se les oía decir. El cambio ¿no era tal vez otra cosa que la guerra civil, la destrucción por la rebelión de las masas comunistas? ¿Sería el destino de Alemania caer en el mismo precipicio en que se había visto hundirse a Rusia en 1917?

Pocos días después del derrumbe de noviembre de 1918, el embajador francés en Londres, Paul Cambon, ma-

nifestó: "Temo mucho que en el porvenir se constituya en Alemania una gran unión socialista, que, empujada por una pasión nacional, crearía un estado más unitario y más peligroso todavía que el imperio". Cambon era uno de los más sagaces y por eso uno de los peores enemigos de Alemania. Cuán exactamente previó las cosas, hoy todo el mundo puede juzgarlo. Su temor se convirtió en realidad con el partido nacional-socialista, que gobierna en Alemania desde 1933.

Su ascensión fabulosamente rápida desde los más humildes comienzos, casi desde la nada, se debió a su Fuehrer y a la idea nacional que encarnaba.

Adolfo Hitler, el hombre del pueblo, austríaco por nacimiento, soldado en el ejército alemán, representaba simbólicamente la nacionalidad y la unidad nacional. Lo que lo elevó a la cabeza de la nación, a él, un desconocido, que parecía no poseer otra cosa que su elocuencia, fué la fuerza de su fe en Alemania; su ascensión representaba el triunfo de la idea nacional.

Solamente con el tiempo demostró las cualidades que poseía; proceder imperativo, resolución más audaz, seguridad de instinto y penetrante percepción sin precedentes del momento favorable. Con estas dotes, después del fracaso de una tentativa (1923) para apoderarse del poder por la violencia, logró conquistarlo con una labor fatigosa y por las vías legales.

En el curso de pocos años su partido se convirtió en el más fuerte del país. El verano de 1932 le vió entrar en el parlamento con 230 diputados, mientras que los partidos burgueses se reducían en total a 152.

Pareció que no le quedaba otra cosa a Alemania que la elección entre nacional-socialismo y comunismo, entre los cuales había comenzado ya una oculta guerra civil.

El gobierno, presintiendo el peligro que amenazaba, tomó sus medidas para enfrentarlo, pero no se resolvió por la dictadura, para la que todo estaba maduro ya. Se limitó a paliativos. En la más alta tensión comenzó el año 1933.

El 30 de enero, casi a última hora, el presidente del Reich, se decidió a nombrar canciller del Reich a Adolfo Hitler. Nuevas elecciones parlamentarias le dieron el 48 por ciento de todos los votos, y a las derechas, aliadas con él, el 3 por ciento. Con ello el nuevo gobierno tenía una base constitucional; enmudeció la oposición de los partidos restantes y, por fuerte mayoría, el 23 de marzo, recibió del parlamento plenos e ilimitados poderes por cuatro años. Luego le fueron prorrogados hasta el 10 de mayo de 1943, cuando Hitler, después de la muerte de Hindenburg (agosto de 1934) asumió todo el poder como Fuehrer y canciller del Reich.

Lo que ocurrió desde entonces, no puede describirlo el historiador porque no se ha convertido aún en historia, no ha cerrado su ciclo y no puede ser abarcado en toda su trascendencia, que debe calcularse solamente por sus efectos. Estamos aún dentro de los acontecimientos, que constituyen todavía un presente, cuyos sucesos puede narrar únicamente el cronista. Mas si enunciamos los más importantes, se ilumina con clara luminosidad, la enorme revolución que se ha cumplido y se cumple aún ante nuestros ojos en los destinos de Alemania.

Tres problemas principales se había asignado el Fuehrer: represión del comunismo, lucha contra la desocupación y restauración de la dignidad y la libertad de Alemania. En un brevísimo plazo se logró lo primero; en los cuatro años citados lo segundo; el camino por el que se consiguió trabajosamente el tercero está marcado por los

hechos desnudos, como por piedras miliars de una carrera victoriosa inverosímilmente rápida: en marzo de 1935, creación de una fuerza aérea alemana; en mayo del mismo año, introducción del servicio militar obligatorio general; en marzo de 1936, ocupación de Renania.

Con esto la paz de Versalles yacía despedazada en el suelo, sin que sus autores hubieran osado intervenir en favor suyo con los hechos. Audacia, rapidez de resolución y clara conciencia de la debilidad interna de los adversarios, habían conquistado este triunfo.

La renaciente potencialidad militar de Alemania, permitió muy pronto eliminar también las cláusulas de límites de 1919. Para ello era necesario un apoyo del exterior. Se halló en Italia, que ya desde 1922, bajo la dictadura nacional de Mussolini, había despertado a una nueva y fuerte evolución. La circunstancia de haber surgido entre este país y Francia el natural conflicto de intereses en el Mediterráneo, llevó casi automáticamente al acercamiento con Alemania, y cuando la Liga de las Naciones, dirigida por Inglaterra y Francia, trató de impedir la conquista de Abisinia con las sanciones económicas, mientras Alemania —que había abandonado la Sociedad ginebrina en 1933— no se adhirió a esa medida, se produjo la lógica relación de alianza entre los dos países, para la cual Mussolini, en octubre de 1936, acuñó el lema: el destino de Europa no depende de Londres o de París; la decisión gira alrededor del eje Roma-Berlín.

Apoyado en la amistad italiana, protegidas además las espaldas, desde enero de 1934 por un tratado de no-agresión por diez años con Polonia, pudo Hitler poner mano simultáneamente en la total liquidación de los saldos del desarrollo histórico.

En el mes de marzo de 1938 llevó a cabo la reunión

del Austria alemana al Reich; satisfizo así la nostalgia del pueblo acá y allá y curó la herida que Bismarck había debido inferir a corazones alemanes.

En octubre del mismo año fueron libertados del dominio checo los alemanes de Bohemia y Moravia, y en los instantes en que estoy escribiendo, el mundo se halla bajo la impresión del hecho de que la república checa, derrumbándose por disolución interna, se ha sometido voluntariamente a la protección soberana de Alemania, para volver a ser en adelante un miembro del Reich alemán, como en los días pasados, cuyo retorno apenas se había osado soñar, y seguir su propia vida nacional como territorio federado bajo la soberanía del Reich.

Si hay algo que pone de manifiesto la reconquistada situación del poderío de Alemania, es el hecho de que esta cadena de éxitos se logró contra la voluntad de las potencias que hasta entonces habían creído dominar a Europa y, a pesar de ello, sin que hubiera sido necesario disparar un solo tiro. Inglaterra y Francia lo hubieran impedido de buena gana, pero no se atrevieron a ello.

Si recordamos que han pasado apenas veinte años y pocos meses, desde el día en que estuvimos ante la tumba de Alemania y no eran pocos los que dudaban de su resurgimiento, la grandeza de lo logrado raya en lo inverosímil.

Nosotros, que un momento antes nos abandonamos sin defensa a los caprichos de los demás, que en nuestro derecho y en nuestro honor hemos dependido de la voluntad de estados como Lituania, hemos podido exigir ahora a las más orgullosas de las grandes potencias que se plegaran a nuestra voluntad y lo hicieron.

Con los acontecimientos más recientes la situación de soberanía del Reich alemán ha reconquistado aproximadamente el alcance y la configuración que poseyó antaño.